



INTRODUCCIÓN AL DOSSIER
DOI: 10.17151/rasv.2022.24.1.1

Transiciones históricas, conflicto y antropología forense

Historical transitions, conflict, and forensic anthropology

JULIANA GÓMEZ-MEJÍA

PhD en Ciencias Biológicas. Profesora Universidad de Caldas. Manizales, Colombia.

✉ juliana.gomez@ucaldas.edu.co

ORCID: 0000-0003-3620-1798

[Google Scholar](#)

EDIXON QUIÑONES REYES

PhD en Evolución Humana, Antropología Física y Forense. Profesor Universidad del Magdalena, Santa Marta, Colombia.

✉ equinones@unimagdalena.edu.co

ORCID: 0000-0001-7489-6311

[Google Scholar](#)

DEREK CONGRAM

PhD. Archaeology (Bioarchaeology), Profesor Adjunto, Simon Fraser University, Canadá. Beijing, China.

✉ d_congram@sfu.ca

ORCID: 0000-0002-1703-5168

[Google Scholar](#)

La violencia y el conflicto no son estados permanentes de los colectivos humanos y, al igual que otros comportamientos sociales, están insertos en contextos complejos. Constituyen fenómenos dinámicos, culturalmente definidos e históricamente contextualizados, que han sido interpretados como prácticas sociales arraigadas en el tiempo.

Entre las múltiples perspectivas desde las cuales se ha abordado el estudio de la violencia, la reflexión antropológica es un desafío tanto teórico como metodológico, tangible al momento de estudiar e identificar

Cómo citar este artículo:

Gómez-Mejía, J., Quiñones, E. y Congram, D. (2022). Transiciones históricas, conflicto y antropología forense. Introducción al Dossier. *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 24(1), 7-17.
<https://doi.org/10.17151/rasv.2022.24.1.1>



la violencia en grupos contemporáneos o del pasado, especialmente por la gran variabilidad que presenta en el tiempo y el espacio, así como su frecuencia, expresión y significado (Martin y Harrod, 2015). Así, la violencia es considerada un atributo de los comportamientos humanos, que involucra factores sociales, políticos, económicos e ideológicos que motivan la intención deliberada de ocasionar daño a otro u otros (Ferguson, 1997; Harrod *et al.*, 2012; Klaus, 2012; Martin y Frayer, 1997; Pérez, 2012). Los efectos de la violencia se materializan en los cuerpos y en la psique de las personas afectadas; de manera que el testimonio de la violencia en el pasado se encuentra plasmado en los cadáveres esqueletizados de quienes se vieron afectados.

Desde el punto de vista paleoepidemiológico, el estudio de la violencia considera no solo los traumas causados por acciones intencionales relacionadas a episodios de agresión física que puedan ser evaluadas de forma objetiva en el registro óseo, sino también el daño corporal producido por violencia estructural (Farmer, 2004; Scheper-Hughes, 2004). Sin embargo, no es tarea sencilla vincular las lesiones en hueso, con hechos específicos de violencia como son los conflictos intragrupales e intergrupales como la guerra; ésta última, entendida como violencia grupal armada, potencialmente letal entre comunidades políticamente autónomas que consiguen planear y ejecutar diversos tipos de acciones violentas (Arkush y Tung, 2013). Por otro lado, la violencia que se produce al interior de una misma comunidad puede coexistir con contextos de guerras; de manera que, diferenciar entre esos dos fenómenos a partir de los restos óseos es un desafío; por lo tanto, los datos provenientes del contexto (arqueológico y forense) son fundamentales para la interpretación, pues allí se expresan relaciones espaciales y características particulares de los sitios donde se depositan los restos humanos y objetos asociados.

Tradicionalmente se pensaba que la calidad de vida en el pasado fue mejor, y, por lo tanto, que las sociedades fueron más pacíficas. No obstante, las evidencias han venido demostrado lo contrario (e.g., Pinker 2011), a través de reportes de casos de violencia doméstica, homicidios, combates rituales, guerras, canibalismo y sacrificios humanos, lo anterior se ha visto reforzado tanto por estudios bioarqueológicos (Campillo, 2011; Guilaine y Zammit, 2005; Martin y Frayer, 1997) como etnográficos (Ember y Ember, 1997; Harrod *et al.*, 2012) que han registrado lesiones compatibles con violencia interpersonal.

Desde el Paleolítico Medio se reportan evidencias de homínidos con lesiones asociadas al canibalismo como en la sierra de Atapuerca, España (Fernandez-Jalvo *et al.*, 1996; Walker, 2001). Durante el Mesolítico,

en Europa se incrementan las evidencias de homicidio, debido al uso del arco y la flecha en cazadores recolectores (Guilaine y Zammit, 2005; Walker, 2001). Para el Nuevo Mundo, casos como el hombre de Kennewick (7300-7600 aprox.) que presenta una punta de proyectil en pelvis y fractura craneal consolidada (Chatters, 1997) son ejemplos de la presencia de lesiones traumáticas en contextos tempranos de todo el continente (Andrushko y Torres, 2011; Jurmain *et al.*, 2009; Jurmain y Bellifemine, 1997; Lessa, 2009; Lessa y Scherer, 2008; Smith, 2003; Standen *et al.*, 2010). Así mismo, periodos de cambio climático y del patrón de subsistencia, asociados a evidencias arqueológicas como fortificaciones, armamento y estrés nutricional, permiten sugerir hipótesis sobre el incremento de la violencia en el pasado (Martin y Frayer, 1997).

Durante períodos de transición social, han sido observadas importantes variaciones en las dinámicas de la violencia y el conflicto que pueden ser abordadas integrando distintas líneas de evidencia, tales como: *La bioarqueología de la violencia* (Martin y Harrod, 2015; Martin *et al.*, 2012) o *Bioarqueología del conflicto* (Knüsel y Smith, 2014), cuyo propósito es interpretar las interacciones violentas entre personas y grupos a partir de información osteológica y contextual. Para tal efecto, se realizan interpretaciones en diferentes niveles de análisis con el principal objetivo de identificar los participantes de las interacciones violentas (víctimas, prisioneros y agresores), la escala de los conflictos (interpersonal, intragrupal e intergrupala) y hacer inferencias sobre sus características (esclavitud, abuso infantil, peleas, emboscadas, invasiones, incursiones, guerras, batallas rituales, sacrificios, deportes violentos, entre otros). Lo anterior, a partir de correlatos osteológicos que permiten reconocer el tipo de violencia, las víctimas más recurrentes por sexo, edad o estatus y el tipo de traumas óseos esperados en cada uno de estos casos (Arkush y Tung, 2013).

En tal sentido, la diversidad de estudios recientes con énfasis en la bioarqueología de la violencia (Martin y Anderson, 2014; Martin *et al.*, 2012) han mostrado que los papeles de los sexos en los eventos violentos pueden ser reconstruidos a partir de la distribución demográfica de los individuos involucrados y de los patrones de trauma entre hombres y mujeres. De otro lado, la desigualdad social y el acceso diferencial a los recursos pueden también ser evaluados como formas de violencia estructural. Así mismo, situaciones de esclavitud, cautiverio o maltrato físico de largo plazo en contextos con condiciones inadecuadas, pueden ser revelados a partir de la presencia de indicadores óseos de estrés no específicos observables en individuos lesionados y con fracturas cicatrizadas acumuladas a lo largo de la vida (Harrod y Martin, 2014b); del mismo modo,

el análisis de isótopos estables permite identificar el origen geográfico de los cautivos (Tung y Knudson, 2011). Otros enfoques incluyen aspectos como la identidad y la etnicidad, en contextos en donde se evidencian varios traumas *antemortem* en individuos físicamente activos, sugiriendo la existencia de guerreros profesionales (Verano, 2001).

Relaciones entre la presencia y tipos de trauma, observados en individuos con formas distintas de modificación intencional del cráneo, han permitido observar conflictos inter-étnicos (Kurin, 2014). Adicionalmente, tratamientos funerarios diferenciales para miembros de una misma comunidad, que además presentan lesiones violentas (Martin y Akins, 2001), pueden ser indicativos de la multiplicidad de contextos en los cuales la perspectiva de la bioarqueología de la violencia puede ser aplicada. Finalmente, un asunto que continúa siendo relevante es la interacción entre conflicto, cambio climático y competencia por los recursos, más aún, cuando éstos últimos son escasos (Harrod y Martin, 2014a).

Diversas fuentes evidencian que los conflictos hacen parte de un conjunto de factores estresores extremos, cuyas consecuencias se ven reflejadas en el estado nutricional, la salud y en general en la calidad de vida de las personas expuestas a condiciones de conflicto y violencia prolongada. El hecho de encontrar personas con traumas violentos, que además exhiben otros indicadores de estrés y patologías, pueden ser evidencias de desigualdad socio-económica, donde los individuos con un estatus social más bajo están en mayor riesgo de exposición a la violencia física y al cautiverio (Harrod y Martin, 2014b). Por otro lado, la presencia de múltiples lesiones traumáticas en un mismo individuo permiten identificar casos de reincidencia, sugiriendo una historia de vida permeada por actividades peligrosas, violencia interpersonal y trabajo duro asociado con su estatus en la sociedad.

En virtud de lo anterior, Klaus (2012) afirma que, en restos esqueletizados, los traumas no son la única evidencia de violencia y propone un modelo de análisis basado en el concepto de violencia estructural, según el cual, en un contexto de desigualdad social, las personas con menor estatus pueden sufrir limitaciones en el acceso a recursos nutricionales y, como consecuencia, ser sujetos a periodos de estrés que, a largo plazo, se reflejarán en restricciones de crecimiento, patologías no específicas y otras enfermedades. Sin embargo, estimar esas diferencias puede no ser posible en situaciones de conflictos generalizados, en los cuales, todos los individuos de una comunidad están siendo afectados independientemente de su estatus en el grupo. Por otro lado, evidencias contemporáneas muestran el impacto de

las guerras y conflictos prolongados en el estado nutricional y en la salud general de las comunidades (Kesternich *et al.*, 2012; Ostrach y Singer, 2013; Rodney y Mulligan, 2014), por lo tanto, podemos asumir que efectos semejantes se presentaron en el pasado, siendo importante examinar los traumas óseos resultantes de violencia, en conjunto con otros factores como sexo, edad y condiciones de salud como una aproximación al conocimiento del estrés acumulado durante periodos de conflicto delimitados en el tiempo y en el espacio; especialmente, cuando en las mismas comunidades existen secuencias diacrónicas correspondientes a periodos de relativa paz y estabilidad.

En conexión con lo anterior, en Colombia, un informe conjunto del Instituto Nacional de la Salud (INS) y el Observatorio Nacional de la Salud (ONS), señala que las regiones donde se sintió con más fuerza el conflicto armado tienen los indicadores más altos en: mortalidad materna e infantil, enfermedades transmisibles como malaria y leishmaniasis, enfermedades crónicas, y patologías mentales. Indica además que, en condiciones de guerra se duplica tanto el riesgo de muerte y de malnutrición de los niños, como el padecimiento de cáncer de cuello uterino en las mujeres. Algunos de los principales factores que influyen en lo anterior son: primero, la aspersión de glifosato en los cultivos aumenta la probabilidad de sufrir trastornos en la piel, abortos y daños en el ADN; segundo, los ataques a los servicios de salud impiden las actividades de atención, control y prevención de enfermedades; y tercero, los trastornos sociales, económicos y culturales, afectan la seguridad alimentaria, el empleo, y la productividad (Instituto Nacional de Salud y Observatorio Nacional de Salud, 2017).

En lo que respecta a los alcances de la violencia en Colombia existen varios referentes simbólicos que reflejan su crudeza: La guerra de independencia, la guerra de los mil días, la masacre de las bananeras, el Bogotazo, la violencia bipartidista, el surgimiento de grupos guerrilleros, el narcotráfico, el paramilitarismo, el holocausto del Palacio de Justicia, entre muchos otros eventos que a lo largo de la historia, han dejado un saldo desconocido de víctimas sobre las cuales no existen conmemoraciones ni recuerdos. Es así como la memoria histórica debe enmarcarse en un contexto sociopolítico, que permita dilucidar los argumentos de los victimarios que dieron origen a las circunstancias que desencadenaron la muerte de las víctimas. La respuesta a dichas inquietudes deberá estar sustentada en el análisis e interpretación de evidencias materiales, entre las que se cuentan los restos óseos y su contexto, los archivos documentales y los testimonios. Dicho proceso genera un diálogo de construcción, deconstrucción y reconstrucción de la memoria colectiva y su transmisión a futuras generaciones.

En ese contexto, la lectura contextualizada de los restos mortales de las víctimas permite entender las expresiones de violencia desatadas en cada episodio, y el mensaje impreso en los cuerpos, una historia que trasciende en el tiempo, y que recoge un contexto político, social y cultural determinado. Es aquí donde entra en escena la antropología forense, una subdisciplina de la antropología que interactúa de forma interdisciplinar con otras ciencias en contextos médico-legales, haciendo uso de métodos y técnicas de la antropología social, la arqueología y la antropología física o biológica; con lo cual ha logrado evaluar minuciosamente diferentes tipos de episodios de violencia, trascendiendo del análisis osteológico a la sistematización y estudio de casos actuales con un enfoque poblacional y dentro de un marco teórico amplio (Boyd y Boyd, 2018). En virtud de lo anterior, la antropología forense ha realizado importantes aportes para la reconstrucción de la memoria en conflictos recientes, y al esclarecimiento de la verdad. Así mismo, ha planteado formas de reparación individual y colectiva, ajustadas a las particularidades culturales de los colectivos humanos de donde provienen las víctimas, enriqueciendo a la vez, la comprensión de las dinámicas de los conflictos y sus consecuencias en las sociedades.

Se propone entonces que se fomenten investigaciones bioarqueológicas que, a partir del estudio de los restos esqueletizados o momificados, permitan documentar los rasgos distintivos de la violencia y así aprender más acerca de las culturas pretéritas de Colombia, ya que aspectos como la salud, la enfermedad, y en general las condiciones de vida, así como las causas de muerte, han sido poco estudiados, implicando un vacío en el conocimiento de la violencia, y en consecuencia, de la historia de las guerras y los conflictos en el país. Por otra parte, la reconstrucción de la memoria histórica, como herramienta de los procesos de justicia, reparación y reconciliación, permitirá la visibilización de las víctimas y la obtención de un panorama más completo acerca de los hechos. Lograrlo implica el estudio antropológico de diversas líneas de evidencia, por consiguiente, requiere una perspectiva que demanda de la aplicación de diferentes métodos y técnicas propios de la disciplina, para obtener información que permita una visión amplia de las víctimas y su contexto. Lo anterior abarca desde el estudio minucioso de archivos históricos, testimonios y fuentes secundarias, entre otros, hasta la caracterización de los restos óseos o momificados; estos últimos, son el instrumento para acceder de manera directa a la historia del difunto, y por consiguiente, a su memoria; por tal motivo, existe un compromiso ético en su manipulación y preservación dignas.

En el marco de la investigación bioarqueológica, se debe promover la salvaguarda de las colecciones osteológicas para garantizar que las futuras generaciones tengan la oportunidad de aprender de ellas mediante el desarrollo de nuevas investigaciones. Es importante recalcar que los esqueletos forman parte del patrimonio arqueológico, a la vez que constituyen evidencias de nuestra historia biológica; así mismo, son sujetos cargados de sacralidad para sus descendientes, por lo tanto, al igual que en los casos forenses, merecen un trato digno y respetuoso. Tanto los bioarqueólogos como los antropólogos forenses, deben adaptar sus actividades a los sistemas de valores de las comunidades donde se desempeñen, teniendo como premisa, que los restos humanos son más que objetos de valor científico, ya que para muchas personas también son sujetos de veneración revestidos de un significado simbólico y con valor cultural.

Este *dossier* reunió trabajos de bioarqueología, antropología forense y disciplinas afines, con aportes teóricos y metodológicos enmarcados en temáticas como: la arqueología del conflicto y las fosas clandestinas, la relación entre género y violencia, los protocolos de análisis forense y la identificación de personas desaparecidas. Luis Pezo Lanfranco y colaboradoras hacen un análisis bioantropológico y forense de un soldado peruano muerto en la batalla del Alto de la Alianza del 26 de mayo de 1880 en Tacna, Perú, durante la Guerra del Pacífico. A partir del enfoque de la arqueología de campos de batalla reconstruyen las prácticas de combate de finales del siglo XIX y con métodos bioantropológicos buscan aportar a la posible identificación de este combatiente, así como reconstruir los hechos ocurridos alrededor de su muerte, además de discutir consideraciones humanitarias con respecto al lugar de resguardo que no atenten contra su dignidad póstuma.

Por su parte, Mirna Isalia Zárate y Lourdes Márquez, haciendo uso de la microhistoria y del enfoque osteobiográfico, exploran la desigualdad de género evidenciada en los traumatismos observados en los esqueletos de individuos que vivieron en la ciudad de México durante los siglos XVII y XIX. Este estudio permite dar cuenta de las difíciles condiciones sociales que afrontaba la población pobre e indígena y explora la vida cotidiana y los espacios de interacción social como escenarios explicativos para las lesiones óseas identificadas en los restos óseos estudiados.

Christian Quispe Yupayccana explora los métodos de análisis para estimar edad de muerte en población adulta contemporánea de la provincia de Cusco, Perú. Con este propósito, evaluó la exactitud del método dental propuesto por Ubelaker y Parra (2008) en dicha colección, de la que se conocía la edad cronológica de muerte. El autor logra concluir que la exactitud de este método es confiable, especialmente entre los individuos con un rango de edad de 30 a 49 años y consigue un aporte relevante a la consolidación de estándares locales para identificación de personas. En una línea semejante, Yulieth Valencia y Bibiana Cadena hacen una discusión sobre las consideraciones metodológicas que se deben tener en cuenta en el proceso de estimación de la edad de muerte en restos óseos humanos e invitan a los antropólogos involucrados con este tipo de análisis a evaluar con cuidado aspectos tales como los sesgos, el uso de estándares y la representación de las poblaciones al momento de seleccionar uno u otro método de estimación de edad (específicamente aquellos que incluyen la morfología de la sínfisis púbica) en población colombiana. Dicha reflexión es un aporte pertinente para mejorar los procesos de identificación de personas en el contexto local.

Por último, contamos con la reseña de Aurora Pérez al libro: *The Bioarchaeology of Structural Violence. A Theoretical Framework for Industrial Era Inequality* de Lori A. Tremblay y Sarah Reedy (Eds). 2020. En dicha contribución, Pérez nos presenta un panorama crítico de la obra mostrando sus aportes para la comprensión de los procesos de violencia estructural sufridos por poblaciones europeas y norteamericanas durante la Revolución Industrial.

Estos trabajos nos muestran, con toda la diversidad de la antropología, que existen importantes variaciones socioculturales e históricas en las dinámicas de la violencia y el conflicto, por lo tanto, no pueden ser considerados estados permanentes y naturalizados. Además, los conflictos hacen parte de un conjunto de factores estresores con profundas consecuencias en la calidad de vida de las poblaciones y, por lo tanto, debemos proponer, desde un enfoque antropológico, una perspectiva que busque documentar y analizar de manera contextualizada los rasgos distintivos de la violencia y su impacto, así como aportar en la identificación y conmemoración de las víctimas.

Referencias bibliográficas

- Andrushko, V. y Torres, E. (2011). Skeletal evidence for Inca warfare from the Cuzco region of Peru. *American Journal of Physical Anthropology*, 146(3), 361-372. <https://doi.org/10.1002/ajpa.21574>
- Arkush, E. y Tung, T. (2013). Patterns of War in the Andes from the Archaic to the Late Horizon: Insights from Settlement Patterns and Cranial Trauma. *Journal of Archaeological Research*, 21(4), 307-369. <https://doi.org/10.1007/s10814-013-9065-1>
- Boyd, C. y Boyd, D. (2018). *Forensic anthropology: theoretical framework and scientific basis*. John Wiley & Sons.
- Campillo, D. (2011). Paleopatología de las lesiones violentas anteriores al descubrimiento de la pólvora. *Medicina e Historia*, 1(1), 1-16. <http://www.fu1838.org/pdf/2010-4.pdf>
- Chatters, J. (1997). Encounter with an Ancestor. *Anthropology News*, 38, 9-10.
- Ember, C. y Ember, M. (1997). Violence in the ethnographic record: results of cross-cultural research. En D. Martin y D. Frayer (eds.), *Troubled Times. Violence and warfare in the past* (pp. 1-20). Routledge Taylor & Francis Group.
- Farmer, P. (2004). An Anthropology of Structural Violence. *Current Anthropology*, 45(3), 305-325. <https://doi.org/10.1086/382250>
- Ferguson, R. (1997). Violence and war in prehistory. En D. L. Martin y D. Frayer (eds.), *Troubled times: violence and warfare in the past* (pp. 321-355). Gordon and Breach Publishers.
- Fernandez-Jalvo, Y., Díez, C., Bermúdez de Castro, J. M., Carbonell, E. y Arsuaga, J. L. (1996). Evidence of Early Cannibalism. *Science*, 271(5247), 277-278. <https://doi.org/10.1126/science.271.5247.277>
- Guilaine, J. y Zammit, J. (2005). *The origins of war. Violence in prehistory*. Blackwell Publishing.
- Harrod, R., Liénard, P. y Martin, D. (2012). Deciphering violence in past societies. Ethnography and the interpretation of archaeological populations. En D. L. Martin, R. P. Harrod y V. Pérez (eds.), *The Bioarchaeology of Violence* (pp. 63-80). University Press of Florida.
- Harrod, R. y Martin, D. (2014a). *Bioarchaeology of Climate Change and Violence. Ethical Considerations*. Springer.
- Harrod, R. y Martin, D. (2014b). Signatures of captivity and subordination on skeletonized human remains: a bioarchaeological case study from the ancient Southwest. En D. Martin y C. Anderson (eds.), *Bioarchaeological and Forensic Perspectives on Violence* (pp. 103-119). Cambridge University Press.
- Instituto Nacional de Salud y Observatorio Nacional de Salud. (2017). *Consecuencias del Conflicto Armado en Salud en Colombia. Noveno Informe Técnico*. Instituto Nacional de Salud y Observatorio Nacional de Salud.
- Jurmain, R., Bartelink, E. J., Leventhal, A., Bellifemine, V., Nechayev, I., Atwood, M. y DiGiuseppe, D. (2009). Paleoepidemiological patterns of interpersonal aggression in a prehistoric central California population from CA-ALA-329. *American Journal of Physical Anthropology*, 139(4), 462-473. <https://doi.org/10.1002/ajpa.21002>
- Jurmain, R. y Bellifemine, V. (1997). Patterns of Cranial Trauma in a Prehistoric Population from Central California. *International Journal of Osteoarchaeology*, 7(1), 43-50.

- Kesternich, I., Siflinger, B., Smith, J. y Joachim, W. (2012). *The effects of World War II on economic and health outcomes across Europe* (No. WR-917). *The Review of Economics and Statistics*, 96(1), 103-118. https://doi.org/10.1162/REST_a_00353
- Klaus, H. (2012). The bioarchaeology of structural violence: a theoretical model and a case of study. En D. Martin, R. Harrod y V. Pérez (eds.), *The Bioarchaeology of Violence* (pp. 29-62). University Press of Florida.
- Knüsel, C. y Smith, M. (2014). *The Routledge Handbook of the Bioarchaeology of Human Conflict*. Routledge.
- Kurin, D. (2014). Cranial trauma and cranial modifications in post-imperial Andahuaylas, Peru. En D. Martin y C. Anderson (eds.), *Bioarchaeological and Forensic Perspectives on Violence* (pp. 236-260). Cambridge University Press.
- Lessa, A. (2009). Daily risks: A biocultural approach to acute trauma in pre-colonial coastal populations from Brazil. *International Journal of Osteoarchaeology*, 21(2), 159-172. <https://doi.org/10.1002/oa.1118>
- Lessa, A. y Scherer, L. (2008). O outro lado do paraíso: novos dados e reflexões sobre violência entre pescadores-coletores pré-coloniais. *Rev. Do Museu de Arqueologia e Etnologia, São Paulo*, 18, 89-100.
- Martin, D. y Akins, N. (2001). Unequal treatment in life as in death: trauma and mortuary behavior at La Plata. En D. Mitchell y J. Brunson-Hadley (eds.), *Ancient Burial Practices in the American Southwest* (pp. 223-248). University of New Mexico Press.
- Martin, D. y Anderson, C. (2014). *Bioarchaeological and forensic perspectives on violence*. Cambridge University Press.
- Martin, D. y Frayer, D. (1997). *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past. War and Society*. Gordon and Breach Publishers.
- Martin, D. y Harrod, R. (2015). Bioarchaeological contributions to the study of violence. *American Journal of Physical Anthropology*, 156, 116-145. <https://doi.org/10.1002/ajpa.22662>
- Martin, D., Harrod, R. y Pérez, V. (Eds.). (2012). *The Bioarchaeology of Violence. Bioarchaeological Interpretations of the Human Past: Local, Regional and Global Perspectives*. University Press of Florida.
- Ostrach, B. y Singer, M. (2013). Syndemics of war: Malnutrition-infectious disease interactions and the unintended health consequences of intentional war policies. *Annals of Anthropological Practice*, 257-273.
- Pérez, V. (2012). The politicization of the dead: violence as performance, politics as usual. En D. L. Martin, R. P. Harrod y V. Pérez (eds.), *The Bioarchaeology of Violence* (pp. 13-28). University Press of Florida.
- Pinker, S. (2011). *The Better Angels of our Nature: Why violence has declined*. Penguin Books Ltd.
- Rodney, N. C. y Mulligan, C. J. (2014). A biocultural study of the effects of maternal stress on mother and newborn health in the Democratic Republic of Congo. *American Journal of Physical Anthropology*, 155(2), 200-209. <https://doi.org/10.1002/ajpa.22568>

- Scheper-Hughes, N. (2004). Dangerous and Endangered Youth: Social Structures and Determinants of Violence. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1036(1), 13-46. <https://doi.org/10.1196/annals.1330.002>
- Smith, M. O. (2003). Beyond Palisades: The nature and frequency of late prehistoric deliberate violent trauma in the Chickamauga Reservoir of East Tennessee. *American Journal of Physical Anthropology*, 121(4), 303-318.
- Standen, V., Arriaza, B., Santoro, C., Romero, Á. y Rothhammer, F. (2010). Perimortem trauma in the Atacama Desert and social violence during the late Formative period (2500-1700 years BP). *International Journal of Osteoarchaeology*, 20(6), 693-707. <https://doi.org/10.1002/oa.1095>
- Tung, T. A. y Knudson, K. J. (2011). Identifying locals, migrants, and captives in the Wari Heartland: A bioarchaeological and biogeochemical study of human remains from Conchopata, Peru. *Journal of Anthropological Archaeology*, 30(3), 247-261. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2011.06.005>
- Verano, J. W. (2001). War and Death in the Moche World: Osteological Evidence and Visual Discourse. En J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru* (pp. 111-125). National Gallery of Art, Studies in the History of Art 63.
- Walker, P. (2001). A Bioarchaeological Perspective On The History Of Violence. *Annual Review of Anthropology*, 30, 573-596.